

## La metáfora marxista y el encare decolonial

### The marxist metaphor and the decolonial facimge

Jaime Ortega Reyna<sup>1</sup>

Universidad Autónoma Metropolitana

Xochimilco, México

[jortega@correo.xoc.uam.mx](mailto:jortega@correo.xoc.uam.mx)

**Resumen:** A partir de la crítica a las distintas versiones de una conocida metáfora heredada por Karl Marx, aquella que involucra la imagen de una locomotora que avanza, el texto esboza los distintos destinos de una concepción que busca salirse de los marcos de la modernidad. Para ello se sugiere, al final, una posibilidad de diálogo con la “-decolonialidad-”, mostrando los efectos que esta podría tener sobre el conjunto de las coordenadas legadas por Marx.

**Palabras claves:** Marx, marxismo, decolonial, dialogo epistemológico.

**Abstract:** From the critique of the different versions of a metaphor inherited by Karl Marx, one that involves the image of a locomotive that advances, the text outlines the different destinies of a conception that seeks to get out of the frames of modernity. For this, it is suggested, at the end, a possibility of dialogue with the “-decoloniality-”, showing the effects that this could have on the set of coordinates left by Marx.

**Key words:** Marx, Marxism, decolonial, epistemological dialogue.

El poder de las metáforas no se encuentra solo en la transmisión de una idea o de un concepto que a través de la imagen movilice la imaginación. La figura que otorga nos permite com-

---

<sup>1</sup> Político.

prender también los sentidos que se disputan en una época. Las metáforas se transforman, enriqueciéndose y reelaborándose, se les agregan elementos que ensanchan nuestra perspectiva sobre el mundo y la manera que lo habitamos a través del lenguaje. La entrega de una cierta imagen, condensada en una frase, se vuelve el centro de nuestro cuestionamiento, en esta ocasión para referirnos a cierta posibilidad de generar un encare decolonial (2012), como lo ha denominado José Gandarilla, tanto de la obra de Karl Marx como del marxismo en su conjunto.

Cabe referirse previamente al sentido de lo que entendemos por el nombre Marx o “-marxismo-” para pasar a explicar la importancia teórica que se condensa en una metáfora ferroviaria por él heredada al conjunto de sus lectores, continuadores y críticos. Es pertinente que quede claro que con el nombre Marx nos referimos no a la existencia de un individuo que posee una biografía, sino a un espacio teórico de producción que gira en torno a la crítica de la civilización moderna. Aquí la crítica no es un lugar trascendental o un universal abstracto (“la humanidad-”), sino una enunciación situada, cuya toma de posición se enmarca en las contradicciones y desgarros del mundo moderno. Lo que indica el nombre Marx excede la limitada biografía de un individuo localizado en el siglo XIX y ello implica un espacio de elaboración de un conjunto de coordenadas teóricas en los últimos 150 años que han permitido ejercer con plenitud la labor de la crítica de las categorías.

El espacio teórico marxista ha sido entonces aquel que circula entre la posibilidad de la lectura y la producción a partir de Marx, pero siempre más allá de él. Lectura y producción son dos momentos de un mismo proceso en el que la captación de las distintas lógicas del mundo social se ha concertado como el elemento central. Escapar de una lectura dogmática significa en este sentido, reconocer que leer a Marx puede significar contradecirlo; así como producir significa atracar en nuevos puertos que él no pudo avizorar.

Hacia la parte final del texto nos aventuramos a sugerir los efectos que tiene la emergencia de la decolonialidad sobre

el corpus marxista, es decir, el cómo una determinada forma de crítica del conjunto de las categorías que permiten asediar la modernidad apuntalan el ensanchamiento de espacio de producción teórica inaugurada por Marx. Esos efectos teóricos son también políticos y nos recuerdan que el combate frontal es contra la forma moderna de la civilización, partiendo de la crítica de las categorías. Pero vayamos ahora con la metáfora ferroviaria heredada por Marx, captando su significación teórica y la relevancia que tiene para cualquier proyecto de encare decolonial.

### **La teoría y la metáfora**

La metáfora a la que nos referiremos es aquella que se volvió famosa desde que la pluma Marx la estampó como cierre de un poderoso párrafo y que ha sufrido un destino variado al ser usado y reelaborada en numerosas ocasiones. En una frase potente, tras revisar el destino de las revoluciones de 1848 escribe Marx en *Las luchas de clases en Francia*: “-Las revoluciones son las locomotoras de la historia-” (Marx, 2006: 622). Famosa metáfora que ha seguido reproduciéndose de manera continúa en gran parte de la discursividad marxista. Esta metáfora contiene, en su enunciación y en sus transformaciones un conjunto de elementos que nos permiten cuestionarnos la especificidad de la relación de Marx con respecto al concepto de historia, así como despejar cualquier primacía de las fuerzas productivas sobre las relaciones de producción, al menos en este segmento de su obra. Haremos, para seguir con la metáfora, es preciso visitar varias estaciones de este recorrido.

### **Primera estación: por el primado de las relaciones de producción**

El asombro por la emergencia de la máquina y de cómo su racionalidad impregna al conjunto de la sociedad, organizándola a toda ella como una gran fábrica en la que se producen, circulan y se consumen los elementos fundamentales de la riqueza (naturaleza y fuerza de trabajo), así como su creciente capacidad de dominio, aparece en el primer espacio de producción teórica de Marx en medio de una fascinación contradictoria.

De manera tensa, con muchos matices y lleno de críticas, Marx asume esta novedad de la civilización burguesa, la que le parece sin duda la más importante y de la que se debe aprender para la construcción de otra historia futura. Es de este elemento donde numerosos críticos han insistido en que Marx no es sino un momento más de la “-metafísica occidental-”, pues habría sido partícipe de la profundización del dominio técnico sobre el otro natural. En otro registro es perceptible la dimensión que ha permitido problematizar la compleja relación entre Marx y las múltiples formas de la historia.

Estacionarse en la obra de Marx implica entonces ver las diferencias y las no equivalencias a lo largo y ancho de su producción. Es cierto que el Marx de 1848 es en gran medida el de la ruptura con una tradición previa; este segmento de su trabajo permite captar esta dimensión compleja, en vías de escapar definitivamente de la cárcel historicista de la filosofía dominante y en camino de elaborar las herramientas necesarias para fundar un nuevo proyecto afincado sobre nuevas directrices más allá de Hegel o David Ricardo. La tensión a la que nos referimos es claramente perceptible en documentos como el Manifiesto Comunista, en donde la fascinación por la revolución técnica producida aparentemente por la burguesía convive con la crítica de las formas de su utilización. Marx está claro en que esa revolución técnica es necesaria y proceder a criticar que la burguesía apenas y puede controlar los artificios que crea y reactualiza. Consciente de que esa productividad técnica no está dirigida a la satisfacción de necesidad, sino sobre todo a la explotación de pueblos y naciones, se mueve en una dimensión ambivalente, entre el progreso y su crítica; entre la denuncia de su supuesta inevitabilidad, pero también con la incerteza de su utilidad.

Quizá por ello sea preciso abandonar al Marx joven, al filósofo de la historia que busca la des-enajenación a partir del reconocimiento de un universal abstracto como lo es “-el proletariado-” y sea mejor ubicarse en el espacio del Marx teórico de la coyuntura, aquel que se encuentra no con sujetos pre-constituidos conceptualmente, sino constituyéndose en

los frágiles andamiajes de los antagonismos producidos en los intersticios de “-la historia-”. Nos referimos entonces a un espacio teórico fundado por Marx que permite problematizar los supuestos sentidos únicos, así como las llamadas necesidades de la historia. Aquí se encuentra una diferencia que engrosa la distinción metafórica entre un “-joven-” y otro “-maduro-”; expresiones que refieren a la capacidad de conformación de un espacio de producción teórica independiente, que permite ejercer la crítica del capitalismo, de sus momentos y sus hiatos a partir de plantear nuevas interrogantes y no al desarrollo de la corteza cerebral de un individuo que nació hace 200 años, como lo plantearon ingenuamente muchos de los críticos de Louis Althusser en la década de los años setenta.

Entre el Marx del Manifiesto y el del 18 brumario de Luis Bonaparte o la Lucha de Clases en Francia, sin duda el segundo nos es más útil, pues la dimensión técnica queda supeditada ante el conflicto entre las clases, los grupos y las fuerzas políticas específicas con sus proyectos y sus voluntades. Y en esa supeditación nos permite captar el devenir conflictivo, inacabado y contradictorio de la forma valor; expresión que no toma ya el sentido universalizante de la sección primera del tomo primero de El Capital, sino a condición de reparar en el proceso de conformación que permite su dominio a través del establecimiento permanente de sus requisitos; todo ello explicitado con la potencia del Marx científico de la historia presente en el capítulo XXIV de El Capital.

Sin embargo, volviendo al Marx teórico de la coyuntura, es preciso decir que no es casual que sea en este lugar en el que aparece la metáfora de las revoluciones como las locomotoras de la historia; sino que su aparición devela justamente la necesidad de captar en Marx el propio espacio de producción teórica en donde los elementos se conjugan de manera no universal, no a priori y no necesaria. Y en donde, además, el concepto de historia se juega a partir de una pluralidad. Es decir, aquí tenemos, en alguna medida al otro Marx que tanto ha buscado conformar el así denominado marxismo latinoamericano.

Aquí la metáfora ferroviaria no es tecnicista, no corresponde a una necesidad del despliegue de las fuerzas productivas técnicas automatizadas e independientes de la voluntad, sino a un movimiento y a un impulso de la política, de la actividad práctica y organizada, cercada por las contingencias más variadas. La metáfora de Marx refiere al acto productivo que significa el ingreso de las masas a la historia y no a los designios de alguna “-astucia de la razón-”. La locomotora no es la historia, sino solo un agregado de la mayor fuerza que se labra en ella: la revolución. El Marx teórico de la coyuntura no puede pensar en la subordinación de las relaciones de producción a las fuerzas productivas, sino al que se coloca en el lado contrario. No deja de estar atrapada la metáfora por una ilusión: la historia tiene un sentido que avanza, pero esta es cuestionada por el motivo que de impulso; el conflicto, la contradicción, la lucha. Estos elementos se juegan en las relaciones de producción, entendidas en un sentido amplio y no exclusivamente en las fuerzas productivas técnicas.

Hacia el final de su vida, en la última producción, lo que Enrique Dussel (1990) y Marcello Musto (2016) han llamado “-El último Marx-” o Shanin (1990) “el Marx tardío”, se encuentra, sin duda, la mejor confrontación de un conjunto de problemas que las lógicas de la expansión capitalista le demandan para la formulación de otro concepto de historia. Los multicitados esbozos de respuesta a la populista rusa Vera Zasulich son una muestra de ello: hay otras posibilidades y no solo la espera de la hora modernizante del capital; aunque no se sepan bien cuáles son ellas. Pero lo es también el cambio de visión con respecto a la invasión al México de Juárez o en general el cuestionamiento al colonialismo. Quizá el caso de Irlanda exprese mejor esto que señalamos ahora:

Durante mucho tiempo creí que era posible derribar al régimen irlandés mediante el ascenso de la clase obrera inglesa. Un estudio más profundo me ha convencido de lo contrario. La clase obrera no conseguirá nada hasta que no se haya liberado de Irlanda. Hay que poner la palanca en Irlanda. Por eso la cuestión irlandesa

es tan importante para el movimiento social en general (Marx, 1979: 193)

Si el joven Marx habría preferido que el proletariado inglés liberara con sus locomotoras a la “-atrasada-” Irlanda, el Marx maduro, apuesta por esta segunda nación como el verdadero punto de apoyo para la movilización de un sentido diferente en la historia de la emancipación. El esbozo de una concepción distinta se encuentra anidada en el espacio teórico marxista, sin embargo, pasará largo tiempo para que se pueda desarrollar con plenitud lo que el propio Marx en 1857 esbozó cuando escribió que: “-el concepto de progreso no debe ser concebido de la maneta abstracta habitual-” (Marx, 1974: 60).

### **Segunda parada: rumbo a la rebelión anticolonial.**

Existió, después de Marx, un marxismo de las fuerzas productivas. Deudor de la idea de progreso, en gran medida posibilitado por la intervención de Federico Engels, quien en numerosas ocasiones designó la centralidad de Europa sobre cualquier otro espacio de reflexión. Las “-distracciones-” de Marx en sus estudios sobre China o Rusia solo retrasaban el gran proyecto de la crítica de la economía política, camino este el cual el propio Engels había introducido a Marx (Mazora, 2017). Sin embargo, más allá de la intervención engelsiana; -por lo demás a la que debemos gran parte de la posibilidad de acceder al primer archivo marxista-; existió una tentativa claramente progresista en el marxismo de la II Internacional. Este elemento ha sido señalado hasta el cansancio por los historiadores. Aquella disposición llevó a los grandes partidos obreros a claudicar ante el nacionalismo más chovinista y renunciar a las aspiraciones anti coloniales. Colocándose de lado de sus respectivos imperios, los marxistas de la II Internacional no hicieron sino echar leña al ardiente fuego que significaba la rebelión anti colonial: la revolución rusa. Un momento de ruptura se labró en este momento y las divisiones al seno del marxismo se volvieron permanentes.

Aquí resulta más complejo concebir uniformidad en el tratamiento, tanto de la metáfora como de la perspectiva gene-

ral que la anima. Aunque Trotsky hace una apropiación, la del otro gran revolucionario, Lenin, nos parece la más significativa. Lenin se apropia en repetidas ocasiones de la metáfora, como cuando escribe: “-A los amos del estado capitalista les tiene tan sin cuidado la masa de víctimas del hambre y de las crisis, como a la locomotora la suerte de aquellos que aplasta a su paso. Los cadáveres frenan el girar de las ruedas, el tren detiene su marcha, incluso (en el caso de que el maquinista dé muestras de excesiva energía) puede descarrilar, pero a pesar de todo, luego de salvados los obstáculos continua su marcha” (Lenin, 1976: 278). Resulta muy significativa la reelaboración leniniana, que coloca en identidad a la locomotora no con las masas revolucionarias, sino con la potencia avasalladora del capital. Sobre ella vuelve con mayor contundencia casi al final de su vida:

Lo que sí sabemos con certeza, y lo que nosotros, como partido, debemos explicar a las masas es, por una parte, que la enorme potencia de la locomotora de la historia está engendrando una crisis sin precedente, el hambre y calamidades incalculables. Esa locomotora es la guerra, hecha por los capitalistas de ambas coaliciones beligerantes con fines de rapiña. Esa “locomotora-” ha conducido al borde de la ruina a muchas naciones de las más ricas, más libres y más cultas. Obliga a los pueblos a poner en tensión, hasta el límite, todas sus energías, colocándolos en una situación insoportable, poniendo a la orden del día, no la aplicación de ciertas “teorías-” (una ilusión contra la cual Marx previno siempre a los socialistas), sino la aplicación de las medidas prácticas más extremas, porque sin medidas extremas, a millones de seres les espera la muerte, la muerte inmediata y cierta por hambre (Lenin, 1977: 368)

No deja el propio Lenin de profundizar en la idea de Marx y agregar algo de fiesta: “-Las revoluciones son las locomotoras de la historia, decía Marx. Las revoluciones son días de júbilo de los oprimidos y explotados. Nunca las masas populares son capaces de ser creadoras tan activas de nuevos regímenes sociales como durante la revolución-” (Lenin, 1976<sup>a</sup>: 109). Esta



concepción de la locomotora y de la revolución como unidades indisolubles lo lleva a cuestionar a quienes se asustan de ellas: “-Cuando la historia de la humanidad avanza con la velocidad de una locomotora, lo llama “torbellino”, “torrente” “desaparición de todos los “principios e ideas”. Cuando la historia avanza a paso de carreta su símbolo es la razón y el método-” (Lenin, 1976b: 254).

El primer segmento de la intervención de Lenin nos permite captar una visión mucho más crítica del progreso que a la que estamos acostumbrados a asociarlo. No es que la técnica producida por el capital sea primero civilizatoria y después se tiña de barbarie; es que ella misma es resultado de la explotación, el sometimiento y la degradación de pueblos y naciones enteras. La proyección de la idea de progreso en Lenin tiene una ambigüedad, pues como muchos otros marxistas de su generación tiene la esperanza colocada en que el acto revolucionario sea emulado en Berlín; cuando esto finalmente no sucede, su giro es claro: apoyarse en las rebeliones coloniales es la única y mejor posibilidad. No deja de ser llamativo cómo es que la metáfora marxista se preserva y es reelaborada en tiempos de crisis, catástrofe y revolución. La tensión de aquella década revolucionaria se expresa: el capital es la verdadera locomotora que todo lo destruye y solo los pueblos coloniales entienden que la revolución no es un acto meditado de la razón, sino una irrupción jubilosa de los explotados.

### **Tercera parada: ¿la locomotora tiene freno?**

En pleno auge del fascismo, un escritor levantó la mano para gritar lo que ya era un susurro en Occidente: la historia de esa geo cultura se encontraba en una profunda crisis. Finalmente, el corazón de la civilización sufría los embates de la barbarie. Se trataba del shock que dejaba ver los métodos coloniales experimentados al interior de las fronteras del continente de la Ilustración. Walter Benjamin lo vio, sin duda, aunque el que lo expresó de la mejor forma fue Aimé Césaire en su Discurso sobre el colonialismo (2006).

Con Benjamin hemos aprendido que todo documento

de cultura es al mismo tiempo un documento de barbarie. Y su “-concepto-” de historia no deja de estar marcado por esta perspectiva radical. Aunque sabemos que ha sido citada hasta la saciedad, no deja de ser una necesidad volver a ese fragmento crucial: “-Marx dice que las revoluciones son la locomotora de la historia mundial. Pero tal vez se trata de algo por completo diferente. Tal vez las revoluciones son el manotazo hacia el freno de emergencia que da el género humano que viaja en ese tren-” (Benjamin, 2008:37).

Este párrafo ha sido múltiples veces interpretado, generando un amplio consenso a propósito de la perspectiva novedosa abierta por el filósofo alemán. Si bien su obra ha sido significada desde diversos puntos de vista, como lo son la teología, el judaísmo e incluso el trotskismo, prácticamente todas decantan en la conclusión de que su intervención permite la apertura de la muralla establecida por el marxismo positivista.

Así, Benjamin sería para muchos el principal teórico que convive con el marxismo y logra anudar un nuevo concepto de historia, a partir de la superación y crítica del “-tiempo abstracto-”. Su obra, amplia y dispersa, ha generado la posibilidad de movilización de este registro. Sin embargo, es preciso realizar la crítica propia de este elemento.

Como muchos, considera que el “-tiempo abstracto-” pertenece a la idea de progreso y todo lo que ella implica. Sin embargo, una más profunda referencia a la obra de Marx le habría permitido ahondar más en que dicha perspectiva no se puede desatender de la que se expresa en el capítulo primero de *El Capital*, en donde se explora la dimensión del “-tiempo de trabajo abstracto-” o “-trabajo abstracto-”; es decir, que implica una dimensión mucho más profunda que la condición exclusiva de la temporalidad.

Por otra parte, la metáfora del freno, los pasajeros y la locomotora también convocan a una reflexión crítica. La locomotora es, como en Lenin, la historia del capital. Más que un error en Benjamin, lo que hay es una ilusión: la locomotora tiene un freno y se le puede activar desde dentro. Es decir, la

historia del capital (en su identidad) permite obtener los elementos para detenerlo, así, en su interior se ha desarrollado no solo el freno de emergencia, sino también al sujeto capaz de activar, desde dentro, dicho elemento.

La reflexión benjaminiana ha permitido abrir posibilidades; sin embargo, sigue atrapada en la vertiente dominante del marxismo de su época: hay un sujeto que aguarda a la espera de poder frenar la locomotora. Benjamin no se cuestiona ni quien activa el freno, ni siquiera si este existe.

### **La última parada: Althusser, el abandono de la locomotora y la crisis del marxismo**

No cabe duda de que la irrupción de Althusser en el campo de discusión generó una “-tormenta teórica-” al seno del marxismo. Su impacto, en una época en donde solo en Alemania se leía a Benjamin, llegaba a un punto similar: denunciar la alianza del historicismo con las clases dominantes. Su denuncia se colocaba como desprendimiento de la desmovilización de lo que consideraba una operación teórica heredada de Hegel. Si bien esto es discutible, no deja de ser llamativo como en Para Leer El Capital el problema de la temporalidad asomaba, casi al mismo tiempo y en la misma sintonía con lo que aparecía en Obreros y capital de Mario Tronti.

Sin embargo, la perspectiva más radical que Althusser emplaza, se encuentra en sus textos póstumos. Nos referimos a Para un materialismo aleatorio y a Ser marxista en filosofía. En ambos textos, aunque con diferencias, se expresa de manera reelaborada la metáfora ferroviaria legada por Marx. En Althusser lo importante no es la máquina, sino la posición que se tome frente a ella.

En Para un materialismo aleatorio se comienza señalando que la historia que quiere contar es aquella en donde una persona sube al tren, pero solo para abandonarlo. El punto no es frenarlo, ni detenerlo, sino abandonar cualquier telos: “-Sin saber de dónde viene (origen) ni a dónde va (fin). Y se baja en marcha, en un pequeño poblacho en torno a una estación

ridícula-” (Althusser 2002:9). Despojarse del telos, del sentido impuesto de la historia: “-Prefiere viajar, bajarse en el camino; es así como se comprende la verdadera filosofía, que es la que la gente tiene en la cabeza y que es siempre conflictiva-” (Althusser, 2002: 10).

Es, sin embargo, en *Ser marxista en filosofía* en donde Althusser define la metáfora en relación con la toma de posición en filosofía. Para Althusser no hay “-filosofía marxista-”, sino una toma de posición en el seno de la filosofía. La toma de postura se juega siempre en la tensión entre materialismo o idealismo. Estas no son filosofías independientes, por las cuales uno pueda optar libremente, sino que son tendencias que conviven conflictivamente al seno de todo proceso de escritura y lectura. Se puede leer materialistamente una escritura idealista o viceversa, todo depende de la toma de posición.

¿En qué consiste la toma de postura? “-Podría decirse, si se nos permite una comparación, que las demás filosofías toman el tren en la estación, se instalan en su asiento y ahí se quedan hasta que el tren llega a destino-” (Althusser, 2017:45). En este segundo texto lo importante no es ya abandonar o renunciar al telos de la historia, sino captar el lugar de la dimensión conflictiva y contradictoria. Por eso escribe: “-Esta categoría es la del proceso (la marcha del tren), pero de un proceso sin origen ni fin (sin estación de salida ni de llegada), por ende, sin conciencia y, como uno tiene la costumbre de relacionar casi siempre la conciencia a un sujeto capaz de decir «yo», esta categoría puede denominarse «proceso sin sujeto-»” (Althusser, 2017: 46). En esta última cita, se juega, como podrá verse, mucho del intento de Althusser por contener la perspectiva luckasiana del marxismo centrada en el sujeto “-proletariado-”.

Después de esto no es difícil imaginar el por qué Althusser contribuyó a provocar la discusión conocida bajo el mote “-crisis del marxismo-”. Justamente los efectos teóricos que se condensan en el tratamiento de esta metáfora derrumbaban el segmento más asegurado de la muralla del marxismo tradicional e incluso del crítico. Nos referimos a cualquier noción

de sujeto trascendental (más allá de las prácticas específicas), de fin de la historia (el comunismo como paraíso en la tierra) o de necesidad del desarrollo a partir de las fuerzas productivas técnicas (que tarde o temprano obligarían a modificar las relaciones de producción). El privilegio sobre el elemento “relaciones de producción” justamente permite desmontar la supuesta autonomía o inocencia de las fuerzas técnicas de producción. Parafraseando a Armando Bartra, el marxismo por fin pudo darse cuenta de que las fuerzas productivas son en sí, relaciones de producción.

Pero el elemento más importante es colocar el corazón del marxismo en la dimensión procesual y no en el resultado. Abandonar toda teleología y por tanto toda ilusión dialéctica, representa una gran apuesta. Althusser la toma y hace implosionar muchas de las certezas existentes, entrando el marxismo en su crisis mayor, coincidente con la del socialismo real. De ahí la terrible maldición de la dificultad de ser marxista, ya no en filosofía, sino también en la política.

Althusser actúa como corrector de Benjamin: ambos coinciden en la crítica al tiempo lineal y progresivo. Althusser desconfía de cualquier visión que califique la coyuntura desde el “-proceso global-” e impone en su reflexión la necesidad de pensar el tiempo específico de la intervención política. Es la coyuntura el concepto más importante. Sin embargo, se distancia de Benjamin al eludir cualquier noción de “freno”: con Althusser no hay sujeto capaz, dentro de la locomotora, que pueda accionar ese elemento de emergencia que frenaría la barbarie. No hay un sujeto histórico, sino un conjunto de voluntades condicionadas por las estructuras en sus prácticas, siempre arriesgando las posibilidades de intervención en la política del momento.

### **La metáfora de la historia y el encare decolonial.**

En su *Asedios a la totalidad* (2012) José Gandarilla permite acceder al llamado “-giro decolonial-” más como un determinado tipo de encare, que como un corpus estable y cerrado de categorías, partir del cual se genera un primer diálogo

con el marxismo. En tiempos más recientes Ramón Grosfoguel ha tenido apertura para dialogar con corrientes críticas provenientes del marxismo. Por su parte, Santiago Castro-Gómez ha comenzado una sugerente relectura de Marx desde el republicanismo plebeyo de la juventud del teórico alemán. En España una editorial de mucho prestigio entre la izquierda publicó el ensayo de la filósofa española Montserrat Galcerán (2016) donde insiste en la necesaria imbricación entre estas perspectivas. Todas estas indicaciones nos conducen al posible diálogo entre marxismo y decolonialidad como un dato de la actual coyuntura, asediada por la crisis global, la derechización de los gobiernos y la búsqueda de alternativas sociales.

Sin duda alguna la decolonialidad ha tenido que radicalizarse en tanto que la situación de crisis civilizatoria se ha vuelto más aguda. Parte de su aporte se coloca en la crítica de las categorías producidas para entender una realidad como la occidental. Pero también ha aportado en diversas formas de ejercicio de la crítica de la realidad social a partir de la realidad del despojo, la subordinación y la explotación.

Desde este punto de vista, me parece pertinente recoger la metáfora marxista ya explicitada más arriba, para proceder a proponer un puente con la decolonialidad. Desde mi punto de vista se produce un efecto teórico sobre el marxismo cuando la decolonialidad irrumpe en la discusión sobre las distintas posibilidades de superar a la modernidad y a la época del dominio del capital. Este es justamente el de posibilitar la revisión de las formas en las que el despliegue del capital se afianzó destruyendo las culturas, pueblos y naciones.

Así, podemos preguntarnos, siguiendo la metáfora marxista: ¿Cómo es que el tren de la historia del capital llegó a instalarse en esos espacios no europeos y no occidentales? ¿Cómo es que fue construido en medio de la limitada expansión de la forma asalariada del trabajo? ¿Qué tanto de esa locomotora se construyó sobre el trabajo esclavo, sobre el trabajo no libre? ¿Qué de aquella locomotora proviene del mundo “-naturalizado-” como reservorio de materia prima para las po-

tencias occidentales? ¿Cuánta energía, sangre derramada, músculo consumido otorgó el mundo no occidental para construir la empresa civilizatoria otrora aplaudida?

En el fondo lo que pretendo elaborar con la metáfora y las preguntas anteriores es un cuestionamiento a la forma que se piensa un origen del capital como exclusivamente europeo. Es decir, como el producto de una “-transición-” del feudalismo al capitalismo y de ahí universalizado hacia el mundo no europeo. Sino más bien apuntalar en pensar realmente el capital como un fenómeno sin un origen, sino con múltiples puntos de apoyo. Entre ellos el despojo de la tierra, no solo en Inglaterra, sino en las otras partes del globo de manera simultánea o incluso previamente. También, por supuesto, superar el mediterrianocentrismo existente, para pasar a captar las conexiones globales que conectan a los territorios del futuro Estado español, con la esclavitud en África, pero también con el despliegue industrial en Inglaterra y su colonia interna Irlanda y todo ello con el declive de China como potencia mundial.

Una historia global crítica del capital, en resumidas cuentas, convoca a movilizar varios momentos de la historia y no solo exclusivamente la llamada “-transición-” de un modo de producción a otro. En ese sentido no deben preservarse nociones como “-pre-capitalismo-”; pues justamente dicha categoría apuntalaría un telos existente (Bartra, 2016). Una historia global captaría sincrónicamente los elementos que permitirán después que la Europa histórica se alce como la “-potencia capitalista-”.

Así, trazar la manera en que las líneas férreas metafóricas se establecieron en territorios donde el intercambio mercantil era débil o inexistente es casi tan importante como saber en qué lugares se fabricó la maquinaria infernal de la dominación. Es igualmente central el saber de dónde se sacó la energía mineral –y quiénes la extranjeron– que permite que la “-locomotora-” se mueva. Y, por supuesto, comprender las múltiples formas, que no se reducen al trabajo asalariado, de explotación sobre el trabajo humano que tomaron la forma de clase y raza.

Todas estas preguntas llevan un encuadre decolonial, pues justamente ninguna de ellas puede responderse o abordarse desde la exclusividad de la Europa histórica.

Así, doscientos años después del nacimiento de Marx, el encare decolonial nos permite sugerir una nueva ruta de comprensión y de trabajo. No ya la que se circunscribe al texto sagrado, sino la que, desde un punto materialista de lectura y producción, apela al ensanchamiento del espacio teórico marxista. No para reafirmar su certeza e infalibilidad, sino para sugerir que si la decolonialidad encara frontalmente la crisis de occidente no puede no mirar el núcleo explotativo que determina las múltiples manifestaciones de la subordinación de pueblos y naciones.

La pinza se cierra cuando el encare decolonial trabaja la obra de Marx de tal manera que queda suspendida o definitivamente clausurada la lectura historicista, pero también los reductos de esa posición idealista: ni sujeto trascendental, ni sostenimiento de otro universal abstracto como regla para medir la historia. Ello desmoviliza gran parte de las lecturas centradas en el sujeto valor en tanto que universal (es decir, las que privilegian la sección primera de *El Capital*) y nos permiten comprender la importancia teórica de los otros Marx: el teórico que emplaza las condiciones de producción de las relaciones sociales (es decir, el del capítulo XXIV de *El Capital*) y el teórico de la coyuntura, que mira el devenir, el proceso y que se desprende de cualquier a priori. Un Marx del combate y la intervención en las coyunturas, de las múltiples prácticas y de la resistencia a las antiguas y renovadas formas de expropiación de la autonomía de los productores.



## Referencias Bibliográficas

Althusser Louis (2002): Para un materialismo aleatorio, Madrid, Arena

\_\_\_\_\_ (2017): Ser marxista en filosofía, Madrid, AKAL.

Bartra Armando (2016): Para un marxismo mundano: la clave está en los márgenes, México, UAM-X.

Benjamin Walter (2008): Tesis sobre la historia y otros fragmentos, México, Ítaca-UACM.

Césaire Aimé (2006): Discurso sobre el colonialismo, Madrid, AKAL.

Dussel Enrique (1990): El último Marx y la liberación latinoamericana, México, Siglo XXI.

Galcerán Montserrat (2016): La bárbara Europa, Madrid, Traficantes de Sueño.

Gandarilla José (2012): Asedios a la totalidad: poder y política en la modernidad, Madrid, Antrophos.

Lenin Vladimir Ilich (1976): “-Revista de la situación interior-,” en Obras Completas, Tomo V, México, Akal/ECP.

\_\_\_\_\_ (1976<sup>a</sup>): “-Dos tácticas de la socialdemocracia en la revolución democrática-,” en Obras Completas, Tomo IX, México, Akal/ECP.

\_\_\_\_\_ (1976b): “-El triunfo de los kadetes y las tareas del partido obrero-,” en Obras Completas, Tomo X, México, AKAL/ECP.

\_\_\_\_\_ (1977): en “-Cartas desde lejos-” en Obras Completas, Tomo XXIV, México, Akal/ECP.

Marx Karl (1974): Elementos fundamentales para la crítica de la economía política [Grundrisse] 1857-1858, México, Siglo XXI.

\_\_\_\_\_ (1979): Imperio y colonia: escritos sobre Irlanda, Mé-

xico, Pasado y Presente.

\_\_\_\_\_ (2006): Las revoluciones de 1848, México, FCE.

Musto Marcello (2016): L'ultimo Marx: 1881-1883: saggio di biografia intellettuale, Italia, Donzelli.

Mazora Martín (2017): Marx, discípulo de Engels, Buenos Aires, UNSAM.

Shanin Teodor (1990): El Marx tardío y la vía rusa, Madrid, Revolución.

Recibido: Agosto 2018  
Aceptado: Octubre 2018